

de mejor suerte; y reinad, en fin, sobre todos nosotros, para que tengamos la dicha de reinar con vos por eternidades en la gloria. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

INDULGENCIAS.—Son gracias que no son útiles, sinó á los que las tienen en estima.

Son gracias que no son útiles, sinó á los que las reciben con conocimiento de su pequeñez.

INDULGENCIAS.—Son riquezas, que no pueden acrecentarse sinó por el que las recibe.

Son riquezas muy distintas de las del mundo, las cuales nos infunden aversion á la cruz de Jesucristo.

INDULGENCIAS.—Son gracias, que deben infundir consuelo á todos los penitentes.

Son gracias, que no deben infundir presuncion á los pecadores.

INDULGENCIAS.—Debemos enterarnos de todas las condiciones, bajo las cuales se nos han concedido.

Debemos esperar de ellas un efecto proporcionado á las disposiciones con que las recibimos.

INFANCIA.

(LOS AMIGOS DE LA)

*Accipe puerum istum, et nutri mihi:
ego dabo tibi mercedem tuam.*

Toma este niño y criámele, que yo te pagaré.

(Exod. ii, 9.)

Esas palabras, amados hermanos míos, las pronunció la hija del rey Faraon, y, sin duda, sabeis en qué circunstancia. Un edicto, inspirado por el odio, ordenaba á todas las mujeres hebreas, dar muerte á los hijos varones que les naciesen. Una de aquellas pobres madres, no pudiendo resolverse á separarse de su hijo, que arrebatava con sus gracias y su belleza, dice la Sagrada Escritura, túvole cuidadosamente oculto durante tres meses. Despues de tres meses de tiernos cuidados, de solicitudes y caricias, el nacimiento de un hijo no podia ya ser un misterio. Los oficiales del rey ejercian una vigilancia severa, y si le descubrian, le sacrificarian cruelmente. Pero ¿será mejor la suerte de la criatura, si es fuerza conformarse con el rigor del edicto? ¿Qué hará la pobre madre? La buena mujer toma una cesta de juncos y la cubre de brea y de pez; en seguida, llorando y llenando de besos al niño, va á dejarle entre las cañas á la orilla del rio. ¡Ah! ¿quién dirá la afliccion de la pobre madre, en el momento de exponer con sus propias manos á su hijo á una muerte casi cierta? Ya no espera más que en Dios, y le confia su hijo... La idea de la divina Providencia la inspira alguna confianza; la madre se va, no sin volver sus miradas para ver su querido tesoro, para cerciorarse de que la corriente del caudaloso rio no ha arrebatado ya la cuna. La previsora madre habia colocado por allí cerca á su hija: «Observa con atencion todo lo que pasa, la habia dicho, y ven á contármelo.» ¡Dios mío! tú la habias inspirado este pensamiento; gracias á tí, recobrará á su hijo.

Sucedió, pues, que, á la misma hora, la hija del rey, seguida de sus damas de honor, fué á pasearse por aquella parte del rio, y mientras

andaba por la orilla, divisó la preciosa cesta, que se balanceaba entre las cañas. Manda que se la traigan, y habiéndola destapado, ve al niño, que llora, grita y se lamenta. ¡Ah! dijo ella, es el hijo de un hebreo; ¿y así se les trata? La hermana del niño observaba todo lo que pasaba; acércase, y con suma ingenuidad, la dice: ¿Quieres que vaya á buscar alguna hebrea que alimente á este niño?— Vé al momento. Y la muchacha parte, corre, vuela. Ya adivináis á quién va á buscar: á la madre, á la dichosa madre del niño. Llega ésta, reprimiendo su júbilo, y con una mano sobre su corazón para contener sus latidos. Toma este niño, la dice la hija del rey, criále para mí, y te daré tu recompensa. Y la venturosa madre se va, ébria de contento, llevándose su querido tesoro, y segura ya de no perderlo.

Aquel niño, hermanos míos, era Moisés, el libertador de Israel. Os hemos referido esta historia de la Sagrada Escritura al principio de nuestro discurso, porque nos parece adecuada al objeto que nos proponemos. Los hijos del pobre están expuestos cada día á perecer de miseria. ¡Ah! si; la miseria, ese duro é implacable Faraon, obliga á las madres de hermosísimos niños, á exponerles á una muerte casi cierta. Creedlo, hermanos míos; si muchas madres se deciden á abandonar á sus hijos, lo hacen llorando amargamente, y cuando ya no les queda otro recurso. ¿No se compadecerá Dios de ellas? ¿No enviará también otro libertador? ¡Oh! amados hermanos míos, yo veo á la Religión, á esta augusta hija de Dios, á esta ilustre princesa del cielo y de la tierra, la veo seguir la orilla del río, las calles y plazas de nuestras ciudades, seguida de sus damas de honor, de una multitud de almas piadosas y caritativas; y con maravillosa dulzura, dice á otras madres, no ménos tiernas que la de Moisés: Toma este niño, criále para mí, y te daré tu recompensa: *Accipe puerum istum et nutri mihi, ego dabo mercedem tuam*. Y esos niños crecen, y muchos llegan á ser santos, ilustres siervos de Dios.

Hoy, amados hermanos míos, voy á implorar vuestro auxilio en favor de los niños recogidos y salvados por la religión; y á fin de inclinar vuestros corazones á esta obra de misericordia, os hablaré de la misma infancia, del tierno interés que inspira y de los cuidados que reclama. En primer lugar, os probaré, que no hay sentimiento más cristiano que el amor á los niños; en seguida, la importancia social de los cuidados consagrados á la infancia; y, finalmente, el delicioso placer del corazón en estos mismos cuidados. Imploramos, etc. A. M.

1. En efecto, nada más conforme con el espíritu del Evangelio,

que el amor á los niños, la solicitud dedicada á esas inocentes criaturas. ¡Oh! hermanos míos, no nos faltarán pruebas; apénas sé cual elegir. Quisiera exponerlas todas y nutrir con ellas vuestro corazón, vuestra piedad: pues, estas razones, estos hechos, estas pruebas, constituyen todo lo más tierno que hallamos en el Evangelio. Estudiemos, primero, á Jesucristo, su vida, sus ejemplos, sus palabras, y, sobre todo, su divino corazón; veamos, qué sentimientos le han animado respecto de la infancia. Él la amó, hermanos míos, la amó con predilección; amóla hasta el punto de hacerse también niño. El pesebre de Belén, carísimos hermanos, es una cátedra desde la cual Jesucristo nos enseña. De allí viene la sublime doctrina de la renunciación cristiana, de la glorificación de la pobreza, del amor al sufrimiento. Entre otras mil virtudes, hay una, hermanos míos, que á nuestro Señor le place hacer brillar con suave resplandor: es la consagración de la infancia, es el supremo respeto que la es debido. ¿Y necesitaban los hombres semejantes enseñanzas? Si hay un sentimiento, que la naturaleza se haya complacido en esculpir en el corazón humano, decidme: ¿no es un sentimiento de amor y de ternura por los niños? Con todo, es bien sabido, que nada había más horrible que la suerte del niño en el seno de la sociedad pagana: las leyes autorizaban á los padres para vender y dar muerte á sus hijos. Los historiadores, los filósofos y los poetas, hablan de ese derecho, como de un derecho entónces admitido y ejercido. ¡Pues bien! no lo dudemos; entre todas las razones que determinaron á nuestro Señor, á aparecer en el mundo bajo la forma de un niño, tuvo la mira de rehabilitar á la infancia, de reconquistarla nuestro amor y solicitud. Y en efecto; ¿cómo trataríamos nosotros, cristianos, que sabemos que nuestro Dios pasó por todos los estados de la infancia; que tenemos constantemente en nuestros altares la imagen del Niño Dios en los brazos de su Madre; que besamos esta imagen, y la veneramos como uno de nuestros más tiernos símbolos; ¿cómo trataríamos, no digo con inhumanidad, sino solo con indiferencia, á los niños, que son las vivas imágenes y la semejanza perfecta de Dios? La infancia se halla mezclada en nuestra imaginación con nuestras más pias meditaciones. Sobre el hijo del hombre brilla un suave y magnífico reflejo de la auréola luminosa que corona al Niño Dios. Ambos son amados: el uno, por ser quien es; y el otro, por su feliz semejanza.

Pero, el amor de Jesús, carísimos hermanos, no es como el nuestro; no cambia, no se altera con el tiempo. Habiendo amado á los niños al principio de su carrera, continuará amándoles siempre; y, en medio de sus trabajos apostólicos, dedicará algún tiempo á sus jóvenes

amigos para terminar su rehabilitación. Entre todos los pasajes del Evangelio, no hay otro más suave, ni que mejor revele el corazón de Jesús, que aquel en que el historiador sagrado nos le muestra en el acto de bendecir á los niños. Cierta día, en que nuestro Señor instruía á sus discípulos, que le escuchaban con profunda atención, varias judías, con sus hijos en los brazos, querían acercarse á Jesús, á fin de que tomase á los niños, les impusiese las manos, y rezara sobre ellos algunas oraciones. Los discípulos, que estaban muy atentos, apartaban á aquellas mujeres; Jesús lo notó, y dijo estas admirables palabras: «Dejad venir á mí á esos niños, y nunca les apartéis, pues en verdad os digo, que aquellos solamente entrarán en el reino de los cielos, que se parezcan en el candor, en la ingenuidad y en la inocencia á esos niños.» En seguida les tomó de los brazos de sus madres, púsoseles sobre las rodillas, abrazóles y acaricióles, y luego los devolvió á sus tiernas madres colmados de bendiciones y oraciones. Queriendo después proteger su inocencia, dijo con aquel aire de majestad que solo es propio de un Dios: «Si alguien escandaliza á uno de esos niños, más cuenta le tendría ser precipitado al abismo de los mares con una piedra de molino al cuello.» Finalmente, queriendo asegurarles los cuidados que reclama su debilidad, añadió estas palabras, que os ruego escuchéis bien y recojais religiosamente: «Cuanto hiciereis al menor de esos niños, á mí me lo hareis.» Después de tales palabras, hermanos míos, ¿qué comentario añadir? ¿no lo dicen todo? ¿no vienen á conmover todas las fibras del corazón? Decidme, hermanos míos: ¿no se hace imposible, después de aquellas palabras de Jesús, rechazar á una pobre madre, que viene á nosotros con su hijo? ¡Oh! ¡sí! cada cual quiere bendecir como Jesús; cada cual quiere decir como él benévolas palabras. Lo que más induce á hacer bien á los niños es el pensamiento, de que este bien se hará al mismo niño Jesús. ¡Qué eco han hallado en el mundo las palabras del Redentor! ¡Qué de obras concebidas, fundadas y conservadas aún en el día, en virtud de estas palabras!

Las intenciones de nuestro Señor eran muy buenas, para que la Iglesia no comprendiese, que el amor á los niños es un deber, y una como herencia sagrada de amor que Jesucristo la ha legado. Esta herencia, hermanos míos, la Iglesia la ha aceptado; este deber lo ha cumplido: y podría hacerse un interesante estudio, recogiendo en los Anales eclesiásticos las pruebas de amor que, la Iglesia ha dado en todo tiempo á los niños. Veríamos, que en sus primeros días, como aún lo hace actualmente, rodeaba la Iglesia de niños sus altares, recibía de sus manos los dones del sacrificio, consagraba sus voces

frescas y hermosas con el cántico de las más tiernas invocaciones, y les confiaba el cuidado de alfombrar de flores las gradas del santuario, y balancear el incensario delante del tabernáculo de Dios. Luego, veríamos como ruega y encomienda á sus obispos, que cultiven esmeradamente esos jóvenes entendimientos que forman su más bella esperanza; y en seguida, veríamos á todos sus santos varones, á Carlos Borromeo, Belarmino, Francisco de Sales, Ignacio de Loyola, Vicente de Paul, Fenelon y tantos otros; veríamos, como rivalizaban en celo y sobrepujaban en amor á las madres más tiernas. ¿Quién podrá contar en el seno de la Iglesia católica todas las congregaciones religiosas, consagradas por profesión al cuidado de los niños, del hijo del pobre, del niño enfermo, del niño huérfano, del niño vicioso y malvado? El obispo es el padre, el amigo, el consejero de todas esas obras; nosotros, ministros de Dios, somos felices al contribuir á ellas; los fieles las fomentan con sus inagotables limosnas.

¿Y por qué todo eso, hermanos míos? ¿por qué ese unánime entusiasmo de tantas almas por el niño? Voy á deciroslo. ¡Oh! es que nada hay tan hermoso como el alma del niño. Y en la primera inocencia, el corazón, el alma del niño es el santuario donde mora el Espíritu Santo con todos sus dones. La inocencia, como una bella y casta virgen, es la sacerdotisa de ese santuario. Luego, la fe, la esperanza y el amor, que se han desplegado bajo el celeste rocío del bautismo, ornan esa morada de Dios. Luego, todo en el niño revela santas costumbres, preciosas inclinaciones. ¡Oh madres cristianas! á vosotras os toca fecundar con vuestras oraciones, con vuestros sábios consejos, y, sobre todo, con vuestros ejemplos, esa tierra bendecida, ese campo del Señor. Creo haberos demostrado, que no hay afección más cristiana, más conforme con el espíritu del Evangelio, que el amor á los niños.

2. Veamos, ahora, la importancia social de los cuidados consagrados á la infancia. Mucho se ha hablado en estos últimos tiempos, de mejorar la suerte del niño pobre, la del obrero, la del trabajador. Algunas personas respetables han expuesto sobre el particular miras sábias, elevadas y generosas. La solicitud de los gobernantes se ha movido. Debemos apreciar como muy dignos de nuestro agradecimiento, á todos los hombres, cualesquiera que sean, que se dediquen á mejorar la suerte de la infancia. No me es dado, hermanos míos, desenvolver esta tesis. Con todo, diré de ella algunas palabras, porque es una consecuencia del principio cristiano. Yo os probaré, que nuestras casas de maternidad, que nuestros asilos cristianos, ofrecen todos los medios de socorrer á la infancia, y de socorrer así al pueblo ente-

ro. En efecto, hermanos míos, y vengamos en seguida á lo real, positivo y práctico del difícil problema de la regeneración de las clases populares. ¿Qué males se trata de curar? ¿qué obstáculos se oponen al bien del pueblo? La miseria, la pobreza: luego la ignorancia, y después la inmoralidad. Hé ahí la triple llaga, que devora el corazón del pobre pueblo. Necesítanse, pues, una limosna inteligente y generosa, una instrucción acertada y sólida, y una perfecta educación moral.

Los hombres del pueblo, las mujeres del pueblo, son padres y madres lo mismo que cualquiera; y entre los pobres obreros los hay, que son padres, hasta donde es posible serlo. Figuraos, pues, lo que deben de experimentar, cuando ven sufrir á sus pobres hijitos; cuando apenas hay lumbre en casa para calentarlos; cuando escasea el pan, y en vez de vestidos solo se ven andrajos; y aún esa poquedad acaba con todos los recursos del padre! Si sobreviene una enfermedad, si cesa el trabajo, si sube el precio de los artículos de primera necesidad, las privaciones aumentan; primero se limitan los padres, luego los hijos; no hay remedio. ¡Ah! más á menudo de lo que pensáis vosotros, dichosos de la tierra, sucede, que los pobres niños piden, llorando á lágrima viva, el pedazo de pan que sus padres no pueden darles. Pero sin descender á ese último grado de miseria, concíbese perfectamente, que nada es tan doloroso como ver sufrir á las personas amadas, sin poder hacer lo más mínimo para socorrerlas. Ahora bien, hermanos míos; nuestras asociaciones cristianas, y, en particular, las que se consagran al socorro de la infancia, alivian maravillosamente la miseria del pobre. Donde quiera que los niños son numerosos, nos presentamos y decimos á la pobre madre: No llores; Dios nos inspira el pensamiento de adoptar á éste; nosotros le criaremos para Dios y para tí también, pues vendrás á verle en la casa donde habitará, y le alentarás con tus sábios consejos y caricias, que nadie como tú puede prodigarle.

Algo es, hermanos míos, aliviar la miseria del pobre; pero, no es todo, ni aún lo que más importa. Para levantar al pobre pueblo de su profunda abyección, es menester, ante todo, corregir su ignorancia, instruirle: este es también el grito de la opinión. Hoy todos dicen: instruid al pueblo; el pueblo es ignorante, es grosero: salvadle con la instrucción. Sin embargo, desde que se han visto los frutos de cierta instrucción, se han levantado voces que han dicho, que aquella instrucción era mala para el pueblo, pues le desmoralizaba, y que era necesario arrancar pronto este funesto germen. ¡Tal es el mundo, hermanos míos, cuando razona sin atender al Evangelio, ya

afirme ó niegue, ya pruebe ó repruebe! ¡Seamos nosotros más prudentes y moderados! Sí, hermanos míos; es menester instruir al pueblo, pues, la ignorancia para nada sirve; la instrucción es un beneficio santo, es como un rayo de la inteligencia divina descendido sobre el hombre; iluminándole magníficamente. ¡Sí! es menester instruir al pueblo; mas tened cuenta! no hay que abusar de la instrucción. La instrucción que ha de darse al pueblo, debe ser juiciosa, modesta, acomodada á sus necesidades, adaptable á su vocación. Si la instrucción facilita al pueblo sus vocaciones de actividad y de trabajo, es buena, es excelente, da sosiego y dulzura á su vida; pero, si le atesta la cabeza de quimeras, si le disgusta de la vida que Dios le ha concedido, entónces, le vuelve sombrío, le deja inmóvil en medio de su carrera, y desarrolla en él un prodigioso orgullo; el orgullo engendra la ambición, y la ambición suele ser madre del desengaño.

Hay una ciencia en que debe iniciarse, tan profundamente al pueblo, como al hombre de elevada clase: es la ciencia de la Religión. Y no busquéis otras causas de la abyección del pueblo, que la de no saber ya su religión, ni el abecé siquiera de la misma. Y si no queréis darme crédito, haced lo que los clérigos hacemos cada día; después de poner una moneda en su mano, preguntadle, quién es Jesucristo; qué es de nosotros después de nuestra muerte; qué significan este altar, este templo, este púlpito. Luego, al salir, al poner el pié sobre el dintel de la puerta del pobre, os estremeceréis de espanto y horror. ¡Ah! hermanos míos, si nuestra voz no estuviese consagrada á la bendición solamente, pronunciaríamos una maldición contra los que en los periódicos, sobre todo, han desheredado la inteligencia del pueblo de la ciencia de Jesucristo. Pero, nó; nunca maldigamos á nadie. Dedicuémonos, sí, hermanos míos, á reparar el mal; abramos casas y escuelas al hijo del pueblo: apoderémonos de toda esa jóven generación, de esas inteligencias vírgenes todavía; y con ellas, hermanos míos, cultivándolas bien, regeneraremos al pueblo entero.

Finalmente, hermanos míos, para salvar á este pobre pueblo, es menester una perfecta educación moral. ¿Dónde hallar otra mejor, que la que se da en nuestros establecimientos de caridad? El corazón del padre adoptivo de los niños recogidos, recibe sus confianzas, y en cambio, les da sábios consejos y estímulos paternales. La educación que reciben en esas casas cristianas, aniquila el germen de los defectos de que adolecieran al entrar en ellas, y esos niños se vuelven buenos, virtuosos y cristianos.

No es eso todo, hermanos míos. Por medio de los hijos, alcanzais á los padres. ¿Quién no sabe, que los niños ejercen sobre sus padres

una accion potente y misteriosa? A veces, se debe á una niña el renacimiento de la paz doméstica. ¡Qué de veces ha sentido un padre calmarse sus pasiones, á la vista de su pequeña hija, que vuelve al hogar paterno con una gracia más! ¡Cuántas veces no se ha ruborizado, al ver á su hija, que viene de la escuela con una santa imagen, premio de buen comportamiento? Además, el niño todo lo dice; y tiene derecho á decirlo todo. Ve que su padre se propasa en sus arrebatos, y le dice horrorizado: padre, no jures así; Dios lo prohíbe. Y dice á su madre: no mientas así; Dios lo prohíbe. Y en boca del niño, estas son palabras de ángel; de ángel custodio.

3. Ahora voy á decir os una palabra, acerca de la recompensa que recibireis por cuidar de la infancia. Si la caridad es un placer dulcísimo; si no hay voz más grata al oído, que el trémulo acento de una pobre anciana, de una pobre ciega, que os da las gracias, ¡oh! la voz de los niños, que manifiestan su agradecimiento, causa aún más dulces emociones. La oracion de los niños, amados hermanos míos, es efficacísima, y en cuanto á mí, tengo en ella entera fé; y cuando deseo obtener de Dios alguna gracia especial, busco á un niño de seis ó siete años, le hago murmurar la oracion dominical y la salutación angélica; parece que, despues del santo sacrificio de la misa, no hay oracion que obre más fuertemente en el corazón de Dios, que la oracion de los niños. Lo repito, la oracion de los niños lo puede todo.

Si, pues, queremos salvarnos; si queremos atraernos la misericordia de Dios, hagamos bien á la infancia por todos los medios posibles; y cada mañana, las manecitas del niño se levantarán entre nosotros y el cielo; y en favor del inocente, Dios perdonará á los culpables.

Vuelvo á las palabras de mi texto, hermanos míos, y os digo: *accipe puerum istum*. Lo digo y suplico á todos y á cada uno de vosotros: tomad ese niño, que ya no tiene padre ni madre, *puerum istum*; y esotro, más infeliz aún, acaso, que no tiene un buen padre ni una buena madre, *puerum istum*; y esotro, que pertenece á una familia ántes opulenta y hoy miserable, *puerum istum*; y tambien ese muchacho, dotado de tan brillantes prendas, y por lo mismo, tan expuesto quizás á... ¡Oh! si pudieseis, amados hermanos míos, os diría, que os encargaseis de cuantos niños pobres se encuentran á cada paso en nuestras calles. ¡Si! *accipe puerum istum*. Yo, en nombre de Dios, os prometo una recompensa; y ésta consistirá, primero, en haber hecho bien; y luego, el preciosísimo don de la perseverancia final, la felicidad eterna. No lo olvidéis, pues, amados hermanos míos: *accipe puerum istum, et nutri mihi, et dabo mercedem*

tuam: socorred á los niños; Dios os dará el premio en el cielo, que os deseo á todos.

INFELICIDAD; véase: ADVERSIDADES.

INFIDELIDAD; véase: FIDELIDAD.

INFIERNO.

I.

Discedite à me, maledicti, in ignem æternum.

Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno.

(MATTH. XXV, 41.)

Estas son las últimas y espantosas palabras, amados oyentes, con las cuales sellará Dios, por decirlo así, sobre la cabeza de los miserables condenados, la sentencia de una eterna reprobacion; palabras verdaderamente notables, que nos suministran el asunto de la terrible meditacion de este día. Id, malditos, al fuego eterno; pues, aunque no lo creó nuestro Dios amoroso al principio del mundo, con la intencion de que atormentase á los pecadores, sinó, con la de castigar á los ángeles, que prevaricaron, sin embargo, como rebelándose contra Dios, y rehusando someteros á sus inviolables y santísimas leyes, os habeis convertido en otros tantos diablos, debeis ir á gozar del mismo premio que gozan aquéllos, cuyos deseos habeis cumplido y cuyos consejos habeis seguido, siendo envueltos en las mismas llamas. ¡Oh fatal, oh última y espantosa sentencia! sentencia, que puede haceros tomar hoy las resoluciones convenientes, para apartaros de vuestros extravíos y corregiros de los pasados desórdenes. Con esta mira os la propongo, para que la mediteis; y desde luego os convido, con san Bernardo, á que descendais con el pensamiento al infierno, pues, el medio más eficaz y seguro de no caer en este lugar de todas las mi-